

pesada molestia? Si el Visitante es superior, es claro que le ha de sufrir, y consiguientemente que ha de tolerar esta molestia, por no delinquir rompiendo por los embarazos de la política. Si es inferior, podrá excusar esta cansera, declarando su desazon, ó la ocupacion que le insta; y aun así no se librá de que le interrumpan, aunque por breve tiempo, ni de dar molestia al visitante, pues nadie gusta de ser despedido. Este es el embarazo que hay entre iguales, de quienes se siente la despedida mas, que de los superiores; porque si se ha de libertar de la molestia del que entra á visitarle, ha de ser dándole el disgusto de despedirle.

150 Ni basta, como dicen muchos, que se supla con el buen modo: no basta en este, ni en otros casos semejantes, en que la política cierra todas salidas á los hombres. Es cierto que suaviza la afabilidad y prudencia aun á la aspereza de un desengaño; pero lo es tambien, que desabre qual-

que-

quiera accion que disminuye el aprecio: y respecto de muchos, ni la modestia, dulzura y razon, que son los mas poderosos lenitivos, que puede usar la política para la sociabilidad, bastan á desvanecer la aprehension, de que se les hace agravio, si no se conviene, cede y aprueban sus intenciones en un todo.

REFLEXION VIII.

El trato de los hombres es mas temible, que el de las fieras silvestres.

§. 1.º

Aquella decantada sentencia de Aristóteles, en que ponderando, y âcriminando la extrañeza de los hombres, que huyen la sociedad humana, los compara á las fieras: *Qui in communi societate nequit esse....ut bestia, aut Deus:* (Polit. 1.) no sé por qué deba ser tan aplaudida, y famosa entre los hombres, quando los hombres mas hombres

son los que rehusan el trato de las gentes, como ya mostramos en la reflexion primera con muchos exemplares.

152 Mi dictamen es tan opuesto al de Aristoteles, que el hombre que huye de la comunicacion de los mas de los hombres, para mí es hombre grande, si nace la fuga del perfecto conocimiento de los hombres. No he señalado mi sentimiento, porque es mucho mas contrario al de este Filósofo. Digo pues, que el hombre que se desvia del trato de los hombres, no es fiera, como él dice, sino que huye de muchos, que son mas fieras que las silvestres. Aun no lo he explicado. La opinion de Aristoteles, en la inteligencia comun es, que el hombre á quien disgusta la compañía de los hombres, es fiera ó es Dios. Pues yo entiendo que el hombre, á quien desabre, y y desagrada la sociedad de los mas de los hombres, es muy racional, ó tiene mucho de Dios.

153 Ya contemplo que parecerá á muchos mi dictamen aspero, exó-

tico y ferino. A la verdad, suena opuesto á lo civil y político; pero no es sino muy político, y muy christiano. Ni es tan extraño, que no tenga por cimiento á la antigüedad, que reconoce el contrario. Adagio antiguo de los Griegos fue, que el hombre para el hombre es Dios: *Homo homini Deus*; pero lo fue tambien, que el hombre para el hombre es fiera; y no solo fiera, sino voráz y traydora: *Homo homini lupus*. Argumento convincente, de que habia quien temia á los hombres como fieras, y de que no acusaban de fieras á los que los huian.

§. II.

154 **N**o discurriré como fiera, sino como hombre, porque no acusaré á todos los hombres de fieras: ni á los que huyen de otros hombres como de fieras: ni á muchos de los que no huyen su compañía; mas si juzgas, que son hombres todos los hom-

bres que comunicas , te diré con Séneca , que te engañas : *Erras , si istorum tibi , qui occurrunt vultibus credis ; hominum effigies habent , animos ferarum.* (Ep. 103.) Yerras , dice , si crees lo que te muestran los rostros de los que tratas : tienen la apariencia de hombres , y el interior de fieras.

155 Paso antes de desentrañar esta verdad á demostrarlo con la verdad misma , para que ni mi opinion te cause extrañeza , ni pueda quedarte duda. Christo nuestro Señor encarga á los hombres , que se guarden de los hombres : *Cavete autem ab hominibus.* ¿Y por qué? Porque son un síncope de fieras , dicen los Interpretes. Y el mismo Christo da la razon mas claramente : *Veniunt ad vos in vestimentis ovium ; intrinsecus autem sunt lupi rapaces.* Hay hombres , que en la apariencia son ovejas , é interiormente lobos voraces. ¿No descubres el interior del ambicioso , que aunque obsequia rendido , ruge como Leon , porque no le embaracen el ascenso , y hace despojo de su furor al

que se le opone al paso? ¿No acechas las entrañas del vengativo , quando se ladea como vívora , para envenenar al que le irritó con la ofensa? ¿No penetras el pecho del engañoso , que como lobo traidor espera el lance , cuidando de tu descuido , y escondiéndose de tu cuidado , para robarte el honor , y saciar su hambrienta malignidad? Si á estos tienes por hombres , *erras , habent animos ferarum.*

156 Para desembarazar mas el paso al discurso , sin que tropieces en reparos , sabe que no solo son fieras los hombres injustos , que te persiguen , sino los que te aplauden. A unos , y á otros numera el Pelusota entre las fieras : *Qui ad gratiam laudant , & ad odium vituperant , non sunt in numero hominum ponendi ,... potius in brutarum pecudum classem merito referendi.* (lib. 4. ep. 173.) Por eso dixo discretisimamente un sabio , y virtuoso Jesuita , que los amigos , y enemigos todos persiguen por su modo , y que quien lo conoce , de todos huye.

§. III.

157 Bien se hallará, decia Plutarco, Region que no anide fieras; mas no ha habido República hasta ahora sin los monstruos de la envidia, la emulacion, y deseo de la contienda, fecundissimas pasiones para procrear nocivas enemistades: *Regionem aliquam in venire licet, quæ feris careat; Respublica autem nulla adhuc extitit, quæ nullam invidiam, nullam emulationem, aut studium contendendi, qui sunt affectus inimicitii generandis fecundissimi, protulisset.* (De cap. ex host. util.) Y si no hay sitio, en donde morando hombres, dexé de haber emulaciones, enemistades y envidias, ya se ve, que en donde hay hombres, ha de haber fieras; pero fieras mas nocivas y temibles, que los leones y sierpes. Y porque quede demostrado con toda claridad, y evidencia, quiero conven- cer, que el trato de los hombres es mas temible, que el de las fieras mas crue-

cruelles, con razones cimentadas, y deducidas del mismo Aristóteles, que es el ponderador de la apetencia de los hombres al trato del hombre, y el que los distingue de los brutos por sociables.

158 En el libro 2.º y capítulo primero de los Políticos condena por fiera al hombre, que se desvia de la sociedad humana; y en el lib. 7.º cap. 6.º de los Ethicos dice, que el hombre malo es tan poderoso en su malicia, que puede hacer mil veces mas mal, que una fiera: *Homo namque malus, millies plura mala, quam fera facere potest.* No solo dice esto, sino que añade, que el hombre, que no se sujeta á la ley, ni se rinde á la razon, es el pésimo entre todos los animales: *Homo, si alienus fiat á lege, & iudiciis, pessimum est omnium animalium.* (Politic. lib. 1.º c. 2.º) Con que para que un hombre no sea peor mil veces que una fiera, no ha de ser malo; y para que no sea el peor de los animales, no ha de apartarse de lo que dic-

dicta la **razón**, y mandan las leyes. **¡O** quantos hombres mas horribles que las **fieras**, descubre el discurso con la escasa luz que ministra el conocimiento de un Filósofo Gentil!

§. IV.

Busquemos, pues, hombres rendidos á la razón, y ceñidos á las leyes, para encontrar hombres que no sean **fieras** comunicables; aunque temo nos sucederá lo que á Diógenes en aquella ocasión, en que llamando en una Plaza con recios gritos á los hombres: *Adeste homines, adeste homines*, le amuralló una muchedumbre de gentes; pero como insistiese en convocar hombres, estando ya la Plaza llena, y no les dixese cosa alguna, enfadados algunos de oírle y de esperarle, le increparon, instándole que se explicara, y que cesando de llamarlos, declarase lo que tenia que decirlos: á lo que respondió con libertad filosófica, apartan-

tandolos de sí con el baculo, que llamaba hombres; pero no brutos.

160 Esto es forzoso que nos acaezca con la mayor parte de los hombres; porque siendo cierto que los que no obedecen á la ley ni á la razón, son los mas brutos, ó los peores entre todos los animales: tambien es constante, que el mayor numero se rebela á la ley y la razón, y se rinde á sus pasiones. Nada añadimos á la opinion, que expresó sobre este punto Santo Tomás: *Plures sequuntur inclinationes naturæ sensitivæ, quàm ordinem rationis.* (1. p. q. 71. art. 2. ad 3.) Ni podemos excluir á Aristóteles de la clase de fiera, por las razones señaladas en la reflexion quinta, y por otras causas no menos brutas.

161 De Aristóteles escriben muchos, que se rindió tan ciegamente á Pythia, que la idolatraba, no siendo esta voz hiperbole de su afecto desmesurado, sino execucion de su juicio pervertido, pues convienen muchos, en que la adoró, tribu-

tandola idolatras inciensos. Eliano refiere, que Platon le llamaba asno cerril por su villania, é infame ingratitud, aludiendo á la ingratitud de estos brutos, que despues de haber tomado el pecho de sus madres, las agradecen el beneficio, volviendo la espalda, para despedirse á coces: lo que practicó Aristóteles con su Maestro Platon, pues habiendole desasnado, como dice la vulgaridad, y alimentado con la dulce leche de su enseñanza, le insultó con malignidad en edad decrepita, y daxando y oponiendose á la Academia, que era el aula de su Maestro, levantó en Liceo nuevo partido literario. Si esto es sujetarse á la ley, y obrar con razon, no apetezco á Aristóteles para la sociedad; pues con mas fundamento podria temer la ingratitud de su correspondencia y la burla de su malicia, que el desagradecimiento de una fiera.

162. Parece que en el País de las letras es en donde se han de hallar los hom-

hombres mas hombres, por ser el Reyno en donde se estudia en sujetar el ánimo á la razon, y las leyes; pero encontrandose hombres muy sociables en la teórica, se tropieza tambien con muchas fieras temibles en la práctica. No hay duda que ha habido sabios, á quienes ha servido de freno su fertilizado discurso, para sujetar la siempre irritada furia de los afectos; pero acaece con los mas lo que respondió á un gran Ministro de España un gran Señor. Referia aquel las fatigas y afanes precisos de un superior Ministro, y preguntando á este: ¿No compadece V. Excelencia esta vida? Respondió discreto: Los indispensables desasosiegos de esa vida todos los sabemos; pero todos la deseamos. No todos los defectos que descubren los entendidos, los huyen y evitan; antes bien son mas precipitados de las pasiones, que los arrastran: de los sabios, los que han dado rienda á sus afectos, han roto de tal manera los alacranes, que son los que menos se han sujetado á la razon y á las leyes.

163 Sócrates y Platon, son acusados por Plutarco, Philon, Laercio, y otros de tan feos vicios, que en las fieras no se halla la obscuridad de su bosquejo: bien que el Eminentísimo Besarion dilata la pluma para borrar en Platon esta mancha. Diógenes, Cenon y Crisipo, no solo no se sujetaron á la ley de la razon, sino que establecieron la mas vergonzosa sinrazon por ley, no queriendo privilegiar al lecho materno de las desatenciones del mas natural delirio. Si Heroes tan famosos en la República literaria, desprecian las leyes y desatienden la razon con el precioso, y respetable trage de ley, facil será encontrar otros hombres que acrediten su fiereza con la monstruosidad de sus costumbres.

§. V.

164 **R**epito, pues, que hay hombres y mucho mas temibles que las fieras por sus ingraticudes, por sus crueldades, y por sus alevosías. ¿Qué

leon

leon iguala al hombre en la ingraticud? ¿Qué tigre excede al hombre en la crueldad? ¿Qué cocodrilo en la alevosía? ¿Qué vívora en la cólera? ¿Qué zorra en la astucia? ¿Qué perro en la envidia? ¿Ni qué monstruo anida la maleza confusa de los bosques, que pueda parangonarse con quien transformado en sierpe lernéa por sus vicios, amenaza con las siete horribles cabezas de sus irritados afectos? Con mucha razon escribió el eruditísimo Jesuita Bartoli, considerando la muchedumbre de hombres que declinan en fieras, que no hay País habitado de hombres, que no sea Thesalia.

165 Demos principio por la envidia, tan propia del hombre, que en sentir de Plutarco, á él solo le conviene: *Invidia soli homini adversus hominem est.* Si en el hombre solo se halla envidia, no en un hombre solo, ni solo en muchos, sino en todos. Supónese que muchos se desnudan de esta pasion villana, despojándose del hombre antiguo con la asistencia de la gracia

N

cia

cia divina: lo que se ha de entender de qualquiera molestia de las que hablamos en este Tratado, quando acusamos qualquiera vicio. Pero así como juzgó Aristóteles, que casi no hay cosa de que no tengan los hombres envidia: *De omnibus fere invidia est:* (Reth. l. 2. c. 10.) podremos afirmar de casi todos los hombres que están manchados con este vicio infame.

166 Hombre, pues, cuyo pecho anida este veneno, que al mismo que le fomenta, le inficiona, no hay duda que es mas temible que las fieras. Mi Dulcísimo Bernardo le compara al basilisco, apellidándole pésimo animal, cuyos ojos cree venenosos la vulgar opinion. Y si se atiende el blanco adonde hace el hombre envidioso su tiro, se hallarán muchos racionales, que haciendo verdadera la existencia de los basiliscos, los exceden en la actividad de su veneno.

167 El objeto que mira con mas implacable ceño la envidia del hombre, es lo que debiera atender con respeto
mas

mas agradable. Las acciones mas dignas de admiracion y aplauso, las heroicidades mas acreedoras de imitacion y elogio, avizoran su colera, encienden su furia, avivan su llama, porque el nublado que obscurece la razon en el envidioso, dispara su ira, fulminando siempre á la eminencia. *Illustres, atque admiranda actiones, graves invidias, & acres calumnias constare solent*, decia Polibio. Por eso aseveró Salustio, que la gloria siempre lleva á la envidia en su seguimiento: *Post gloriam invidiam se sequi*. Extraña condicion la de aquellos hombres, que los sonoros ecos de la fama son desapacibles estruendos que los despiertan.

168 Tan cierto es que las prendas sobresalientes, las acciones plausibles, y todo género de felicidades son objeto del odio que alienta la envidia en los hombres, que basta ser un hombre famoso, rico, exáltado, ó aplaudido, para que se vea envidiado. Dixo bien el profundo Político Tácito, que de las cosas mejores nacia los peligros:
N 2

gros: *Ex optimis periculum sibi*; (Anna in Tib.) pues basta ser un hombre dichoso, y lograr una de las cosas que tienen los hombres por mejores, para recelar y temer las asechanzas de muchos que envidiarán sus felicidades.

169 Es constante, que hombre que tiene mucho dinero, ó ha de ser murmurado por pródigo, ó por avaro: si distribuye sus tesoros, acusarán su prodigalidad: si guarda sus riquezas, censurarán su misera escasez. Hombre exáltado mientras se mantenga en la altura, será combatido: si carece de méritos, le despreciarán por indigno: si los tiene, descubrirán sus defectos. Hombre famoso, y aplaudido se verá perseguido cruelmente y difamado. Tan peligroso es el lograr gran fama, como tenerla mala en sentimiento de Tácito: *Nec minus periculum ex magna fama, quam ex mala*. Yo borrando el *nec*, trocaria el *minus* en *majus*; porque más tiranamente se encruelece la envidia con los Heroes más celebrados, que con los hombres más viciosos. ¿Quién sino la

la envidia desterró á Aristóteles y Temistocles de su patria? ¿Quién arrojó á Escipion de Roma? ¿Quién hizo odioso, y mostruosamente envidiado á Caton, sino su discreta severidad? ¿Quién impidió que le erigiesen Estatua, sino el mismo mérito que la diseñaba de tan procer estatua? ¿Quién envenenó á Sócrates, sino el alto concepto de sus prendas singulares? ¿Quién segó á Julio la garganta, sino la espada que afiló su celebrada eloquencia? ¿Quién, en fin, derriba del Trono al benemérito, mancha el honor del virtuoso, muerde los escritos del sabio, corta el vuelo del dichoso, sino el aplauso, la estimacion, y la ruidosa fama que se grangean con sudor y costoso afan las altas prendas? Asi es, y asi fue siempre el mundo, y será siempre lo que cantó Appolodoro: *Fortuna magna non caret formidine, Nec splendor emicans vacat periculo*. No es esto lo más monstruoso, si no se mira ladeandose ácia el lado opuesto. Hombre sin prendas, hombre sin meritos, hombre sin honores, y aplau-

aplausos, está libre de las censuras, de los odios y persecuciones de los envidiosos: aunque sus infamias hieran el odio, aunque sus necedades martiricen el entendimiento, aunque sus delitos executen el mas justificado odio, ni se acusan sus villanias, ni se extrañan sus simplezas, ni se atienden sus culpas; y al virtuoso no se le ha de disimular defecto: al valiente no se le ha de conceder descanso: al sabio no se le ha de perdonar descuido: bastando el defecto del virtuoso para acusar sus virtudes: el descanso del animoso para obscurecer las hazañas de valiente; y el descuido del docto para acreditarle ignorante; porque la virtud, el valor y la sabiduria inflaman las trompas de la fama con aquel aliento, que cecea la estimacion, el respeto y el aplauso. ¡Oh vil envidiadora con quien solo descubre vicios, y cruel con quien te ciega con el resplandor de sus méritos!

sup. la, 201 la sibi... que se
sili... sup. la... §. VI. al...
sup. la... s... ob...

171 Si queremos descubrir la causa de esta furia, que transforma al hombre en fiera, no se hallará otra que una sinrazon infame. La declara Aristóteles brevisimamente: *Invidia est Antagonista fortunatorum*. Define a la envidia por Antagonista de los afortunados: de manera, que el tener los hombres prendas que los hacen felices, ó ser dichosos, es la causa de ser envidiados. Sobra el tener méritos para lograr felicidades, porque basta el ser felices. El que heredó muchos bienes, y goza una vida sin trabajo, porque no necesita de trabajar para comer, es envidiado, sin mas motivo que esta felicidad: el que consigue un empleo honorífico, es envidiado sin mas causa que haberle conseguido: en fin, qualquiera que luce con una prenda sobresaliente, es objeto de la envidia del hombre.

172 Mas yo quisiera que me di-

xese el que envidia al rico, al que consiguió la dignidad, al que concilia el agrado con su cortesania, al que inclina el ánimo del poderoso con su eloquencia, &c. ¿si quisiera haber heredado el tesoro, haber alcanzado el empleo, robar los agrados, y apoderarse de los entendimientos? ¿No se complaceria de estas felicidades, y mucho mas de que por ellas no le odiasen los hombres? Pues esto que quieren para sí, debieran querer para los demás: y esto fuera mirar al próximo como Christiano, y amarle como á sí mismo; lo contrario es ser brutos y mas que brutos: porque ni las aves persiguen al Pabon por la belleza de su vestido, ni al Ruiseñor por la dulzura de su canto, ni las fieras al Leon por Monarca del campo, ni los asnos al caballo por generoso.

173 Esta malignidad infame convence que es mas temible que las fieras el hombre; porque los efectos que produce esta venenosa pasión, son odios, que se desahogan con la mayor crueldad.

crueldad. No es Caligula solo de quien podemos decir con Suetonio Tranquilo, que hemos de hablar como de monstruo: *Hactenus quasi de Principe, reliqua ut de monstro narranda sunt;* (in Calig. 22.) porque hay muchos de quienes, si se puede decir alguna cosa como de hombres, las demás se han de referir como de monstruos horribles.

174 Sirva Caligula de espejo, en que se vean muchas copias suyas, y de cristal, que alargue la vista, para descubrir las operaciones de hombres fieras. Pondera Suetonio la envidia de Caligula, comparándola, ó igualándola á su crueldad; porque no solo hizo derribar y demoler las estatuas de varones ilustres que habia en el campo Marcio, sino que prohibió se erigiese estatua alguna, sin consultar su consentimiento: discurrió como sepultar en el olvido la Iliada de Homero: intentó quitar de todas las Bibliotecas las Imágenes, y escritos de Tito Livio y Virgilio, dando por razon, que Virgilio no tenia cosa in-
ge-

geniosa, ni que sirviese de doctrina, y que Livio no era mas que un charlatan descuidado en su historia. Quitó á Torquato y Cincinato las insignias que tenian como nobles, y á Pompeyo el apellido de Grande. Tan sin reserva satisfacía á su envidia, que si veía jóvenes galanes, y que traían compuesto el cabello, los hacía cortar el pelo para afearlos.

175. ¿Quién podrá extrañar, que apellide á Caligula monstruo este Historiador, á vista de una envidia tan cruel? Mas así como todo hombre de seso tiene á este Emperador por monstruo, no puede dexar de atender como monstruos á otros muchos hombres, porque hay muchos Caligulas envidiosos: no sé si diga mas crueles. Son muchos los que han despedazado las estatuas de Heroes muy ilustres, y con envidia mayor, porque hasta los nombres han deseado borrar; y de las estatuas que derribó Caligula, quedó el nombre que mantuvo á los Heroes la fama: *Estatuas disjecit salvís titulis.* (Suet.

ibi.)

ibi.) Pero que digo postrar imágenes, y borrar nombres? Con una palabra se derriba la efigie que levantó el concepto de los que oyen: y con la misma se obscurece el nombre de sabio, de virtuoso, de bizarro, de prudente: de manera, que solo el hálito de un envidioso deshace las estatuas, y arranca el nombre, que tienen en las mentes de los bien intencionados los Heroes mas famosos. Mas no se sacian muchos hombres con el derribo de las estatuas, si no postran los originales, no se harta su envidia con devorar el nombre de los Heroes, si no destruye á los mismos Heroes que logran nombre. De ninguna cosa abundan mas exemplares: vuélvanse los ojos á los Palacios de Minerva: dilátese la vista por los campos de Belona: acéchense los escondijos de la virtud: registrense los gavinetes de la Magestad, y se hallará esta verdad acreditada con los mayores sabios que pisaron las escuelas, con los primeros Generales que corrieron las Campañas,

con

con los primeros políticos que llenaron los Gavinetes, y con los primeros Santos que ocupan los Altares.

§. VII.

176 **L**a crueldad de los hombres inficionados con esta pasión, excede á la de la fiera mas irritada, porque trasciende las márgenes de la vida. Pondera el furor de la envidia Séneca, contemplando que obscureció á hombres eminentes la gloria de su fama, mientras le duró la vida. Ya mira á Demócrito atendido como loco de los Abderitas: ya á Epicuro ignorado de los de Atenas: ya á Caton perseguido en Roma; y haciendo reflexión que despues de muertos, los dexó la persecucion de la envidia, y los hizo respetables y celebrados la fama: consuela á Lucilio, con que son venerados y aplaudidos, despues de muertos, los que padecieron la persecucion de la envidia quando vivos: *Veniet, qui conditam (virtutem) & sæculi sui maligni-*

tate compresam, dies publicet. (Epist. 79.) Engañóse Séneca, y no descubrió todo el furor de la envidia, porque sabe buscar las cenizas de los cadáveres para saciar su furia. Agathocles el Tirano de Sicilia, envidioso del Rey Gelon, porque el agradecimiento de sus vasallos le habia construido un suntuoso sepulcro, mandó destruirle, deseoso de sepultar sus heroicidades. Otros muchos han extraido los cadáveres de sus sepulcros, para dar pábulo funesto á sus odios. Lo que acabamos de referir de Caligula, es testimonio de mi sentimiento. No solo se ensangrientan los vivos con los muertos, (rencor tan inhumano, que le desconocen los brutos, pues se ve, que aun despues de irritado y herido un toro furioso, no prosigue la venganza, con quien nó atiende ya señas de vivo) sino que se complace de ver sin vida á quien la quitó su venganza: como Carlos IX. de Francia, que habiendo mandado ahorcar á Gaspar Coligno, y dexar por muchos dias á la vista aquel es-

pectáculo, se le quejaron algunos del hedor que causaba el cadaver, y respondió desembarazado, que olia bien qualquier enemigo muerto. Celebre quien quisiere la graciosidad, que yo aplaudiré á quien no tenga tan duro corazon.

177 Infiérase quan molestos serán á los hombres, los hombres que exceden á las fieras en sus crueldades. No erró Jacob quando viendo ensangrentada la túnica de su hijo Joseph, exclamó lleno de dolor: Una fiera pésima le ha comido: una bestia le ha devorado: *Fera pesima comedit filium meum Joseph: bestia devoravit*, (Gen. 37.) habiendo sido la envidia de sus hermanos la que le persiguió con tanto encono, porque no hay bestia mas feroz, ni se halla fiera tan cruel. Y quando no llegue á estos excesos la envidia, nadie ignora que siempre causa molestia; porque ningun corazon noble dexa de sentir que sus dichas mortifiquen á otros como desgracias: lo que convence la sensible molestia que padecen los

los heridos de la envidia. Es constante, como dixo Anacarsis, que á estos hombres son tan molestos los bienes agenos, como los males propios. ¿Y qué mayor infelicidad que trocar en mal propio el bien ageno? Pero hay tales hombres, que como sintió Teofastro, se alegran mas de que sus próximos padezcan males, que de conseguir ellos bienes.

§. VIII.

178 **T**ambien son mas temibles que las fieras los hombres por sus ingratitudes, pues no bastan los mayores beneficios, para ablandar la dureza de sus pechos. No soy tan extrañamente cruel, que no se halle quien sea de mi opinion. Reflexionando el caballero Dumay sobre la ingratitud, no dudó estampar este mismo dictamen, diciendo que eran peores que las fieras los hombres: y el Bocalini en su *Balanza politica* añade, que el hombre con ningun beneficio se amansa, por ser mas fie-

fiera que las fieras. Muchos sucesos leemos, en que vemos deponer su fiereza á las fieras, y que como agradecidas al beneficio que recibieron de algunos hombres, afrentaron á los hombres que desagradecen los beneficios con crueldades. De un Leon refiere Séneca, como testigo de vista, que conociendo en el Anfiteatro á un hombre que le habia cuidado, no solo no le hizo daño, sino que le defendió de otras fieras, que le acometieron para hacerle su despojo. En el mismo Anfiteatro se vió Tigre, que se dexaba alhagar y besar de un hombre. Otros lances refiere Eliano, Valerio Máximo, Aulo Gelio y Plinio, que afrentan la ingratitud del pecho humano.

179 Ya se vé quanto mas temible sea un hombre ingrato, que una fiera, si habiendo fieras, que no solo reprimen su furor, sino que dan muestras de gratitud, se tropieza á cada paso con hombres ingratos, que ni agradecen ni deponen su cólera con los beneficios; y no es esto lo mas,

si-

sino que los beneficios suelen ser causa de haber ingratos: de manera, que los favores suelen ser los mas fecundos padres de las ingratitudes. Todos se quejan de la ingratitud, como de vicio feo, infame, y que arguye pecho vil; y es una vileza tan comun, que los que se quejan de los ingratos, no carecen de ingratitud. Quejansen tambien, dice nuestro Estoyco, los ingratos de los ingratos; y esta baxeza, que desagrada á todos, se halla en todos, hasta el extremo de ofender, no solo á quien nos ha beneficiado, sino por la misma razon de habernos favorecido: *De ingratiss etiam ingrati queruntur: cum hoc interim hoc omnibus hæreat, quod omnibus displicet: adeoque in contrarium itur, ut quosdam habeamus infestissimos non post beneficia tantum, sed propter beneficia.* (de Ben. lib. 3. c. 1.)

180 Este grado de ingratitud parece hiperbolica ponderacion, porque parece increíble, que haya hombre, que haga mal, porque le han hecho

O

bien;